

Hace un siglo: los cañones de julio y agosto de 1914, que duraron más de cuatro años

Jorge Luján Muñoz

Titular de la Cátedra J. Joaquín Pardo, Departamento de Historia, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad del Valle de Guatemala
jlujan@uvg.edu.gt

En el verano de 1914, exactamente el 28 de julio, se inició el conflicto internacional llamado primero la “Gran Guerra”, y después conocido como Primera Guerra Mundial. Ese día los austro-húngaros atacaron a Serbia. Pronto se movilizó Rusia, lo cual Alemania consideró un acto hostil. El Imperio Alemán invadió Bélgica (que se había declarado neutral) y Luxemburgo, a fin de incursionar en Francia. En escasos días se fueron involucrando todas las grandes potencias industriales y militares europeas, divididas en dos alianzas: la llamada *Triple Entente*, formada por el Reino Unido, Francia y el Imperio Ruso, y, por el otro, las potencias centrales, con los imperios alemán y austro-húngaro.

El acontecimiento detonante fue el asesinato en Sarajevo (Bosnia) del heredero del trono austro-húngaro, el Archiduque Francisco Fernando de Austria y de su esposa, el 28 de junio de 1914, por el extremista Gavrilo Princip (ligado al grupo nacionalista paneslavista Mano Negra vinculado con Serbia), de origen bosnio-herzegovino (en algunos textos se le ha identificado como serbio o yugoslavo). Ello produjo un ultimátum de Austria-Hungría al Reino de Serbia, y el inicio de las hostilidades el 28 de julio. Es una paradoja que se haya asesinado al Archiduque, ya que era un pacifista que se esforzó por encontrar una salida negociada al problema de los Balcanes.

Existe una expresión militar que afirma que los generales siempre creen que la guerra que están iniciando será la última. Más orientador sería decir que los generales siempre están peleando la guerra anterior; es decir, que el diseño estratégico lo basan en las experiencias de las últimas campañas. En este caso se reflejó en que creyeron que antes de la Navidad estaría finalizado el conflicto.

A mediados de 1914 tres grandes imperios dominaban la Europa continental: el alemán, el ruso y el austro-húngaro. Al finalizar la Gran Guerra, habían desaparecido; algo que, por supuesto, no se imaginaron los emperadores o sus flamantes comandantes en jefe. La contienda tuvo sus raíces en las

tendencias políticas de finales del siglo XIX. Es indispensable tener en cuenta las ligas preexistentes: por un lado la alianza franco-rusa de 1893, la *Entente Cordiale* franco-británica y el acuerdo anglo-ruso, de 1907. Es decir, Francia, el reino Unido (Gran Bretaña e Irlanda) y el Imperio Ruso formaban la *Triple Entente*. Además estaba la triple coalición constituida por los imperios alemán y austro-húngaro y el reino de Italia. Estas alianzas fueron fuente de sospechas y hostilidades. Por otra parte, hay que recordar que el Imperio Austro-Húngaro se anexó Bosnia y Herzegovina, lo que generó reacción en contra allí.

La historiadora estadounidense Barbara Tuchman (1912-1989), en su libro divulgativo *August 1914* o *The Guns of August* (primera edición, 1962), que fue un *bestseller*, se refiere a la evolución de aquella tragedia. La obra se inicia con el funeral del rey inglés Eduardo VII, el 20 de mayo de 1910, al que asistieron la cuñada del monarca, la Emperatriz consorte de Rusia, María Fedorova, esposa de Alejandro III; lo mismo que el Archiduque Francisco Fernando, heredero austro-húngaro, y el emperador alemán Guillermo II, sobrino favorito del fallecido. Se cierra la obra con la segunda batalla del Marne, del 15 de julio al 6 de agosto de 1918, en las cercanías de París, que contribuyó a acelerar la conclusión del conflicto.

Tuchman alude a algunos de los criterios o conceptos erróneos que, en su opinión, facilitaron el inicio de aquel holocausto. En lo económico se había sobrevalorado la posibilidad disuasoria del libre comercio; es decir, que los intereses mercantiles harían que la contienda fuera breve. Se creyó también que los avances militares (en armamento y estrategia) permitirían una campaña fulminante. Otro aspecto equivocado fue el fundamentar la guerra en criterios de superioridad moral. Y, finalmente, en la conveniencia militar de asumir la iniciativa: golpear primero y con fuerza. Tuchman consideró, asimismo, que al iniciarse los ataques no se valoraron las consecuencias a la luz de los tratados establecidos. Por ejemplo, los alemanes debieron prever que su invasión de Francia forzaría la declaratoria de guerra del Reino Unido. Incluso se refiere a que todavía se concebía

la guerra de acuerdo a fórmulas de ceremonial o etiqueta militar anacrónicas. En esa línea, el “sentido del honor” impidió la enmienda de lo actuado, ya que eso sería traicionarlo. En resumen, de acuerdo a ella (y otros autores), ninguno de los países contendientes pensó que la guerra sería prolongada, y menos que duraría más de cuatro años. Los países involucrados no se percataron que se habían puesto en marcha varias concatenaciones de hechos que pronto ampliaron el teatro militar.

Con motivo del centenario del inicio de la Gran Guerra han aparecido varios libros que enfocan su inicio y desarrollo. Uno muy bien comentado ha sido *The Sleepwalkers: How Europe Went to War in 1914*, de Christopher Clark (New York: Harper Collins, 2012). (No me parece acertado el vocablo *sleepwalker* (sonámbulo) porque creo que no es aplicable a los protagonistas de estos conflictos). Otra obra es la del periodista e historiador militar Max Hastings, *Catastrophe 1914: Europe to War* (New York: Knopf, 2013), quien presta especial atención al frente de los Balcanes, donde se realizaron tremendas matanzas. Asimismo ha recibido atención el libro de Margaret MacMillan, *The War That Ended Peace: The Road to 1914* (New York: Random House, 2014). En realidad había habido algunas guerras locales, como la de Inglaterra en Sudáfrica, o la ruso-japonesa (de 1904-1905), que supuso un inesperado éxito para Japón, así como la de la región de los Balcanes en 1912-13.

A finales del siglo XIX existía en Europa lo que se puede llamar una “paz armada” militarista, promovida por los propios ejércitos. Si bien dominaba el Reino Unido (en política, tecnología, finanzas y economía), los países europeos se habían venido esforzando por disminuir su distancia de Inglaterra. En pocas palabras, los tres imperios y Francia, en una competencia imparables, se habían armado muy por encima de la situación de paz que se

vivía. Para ello algunas cifras: Rusia tenía un ejército de un millón 300 mil; Francia 800 mil; Alemania un ejército similar pero mejor equipado. Gran Bretaña se volcó en su armada, igual que las flotas conjuntas de los otros países. Además, no hay que olvidar el expansionismo general europeo que promovió el “reparto” de África y de áreas de Asia meridional, e incluso forzar intereses comerciales a China.

Al día siguiente del ataque austro-húngaro a Serbia, el Imperio Ruso ordenó la movilización general, por lo que Alemania le declaró la guerra, por considerarlo un acto bélico. Por su parte, Francia (en donde existía un afán de desquite por la pérdida de Alsacia y Lorena) tomó medidas precautorias en sus fronteras. Al enterarse Alemania que existía agitación en Francia por el ataque a Serbia y la movilización rusa, decidió declarar la guerra a Francia el 3 de agosto. En cosa de una semana se habían generalizado los enfrentamientos.

Tras el avance por Bélgica y Luxemburgo, los alemanes se aproximaron a París. Al lograr ser detenidos, se inició un estancamiento en el frente, en lo que se ha calificado como “guerra de trincheras”, que, con pocos cambios y gran desgaste (humano y de armamento), se prolongó hasta el 11 de noviembre de 1918. Ello lo sintetizó Winston Churchill con estas palabras: “No part of the Great War compares in interest with its opening”. Es decir, sus primeros meses, hasta que se pudo detener el avance alemán y se inmovilizó el frente.

Se ha calculado que murieron más de nueve millones de combatientes y que hubo alrededor de 20 millones de heridos, muchos de ellos mutilados de forma grave. La Primera Guerra está considerada como el quinto conflicto más mortífero de la historia mundial. En total se movilizaron más de 70 millones de combatientes, 60 millones de ellos europeos. En abril de 1917 Estados Unidos declaró la guerra a las potencias centrales, tras

Foto 1. Soldados británicos en una trinchera durante la batalla del Somme, 1916.



Foto 2. Recreación del hundimiento del Lusitania por un torpedo alemán.

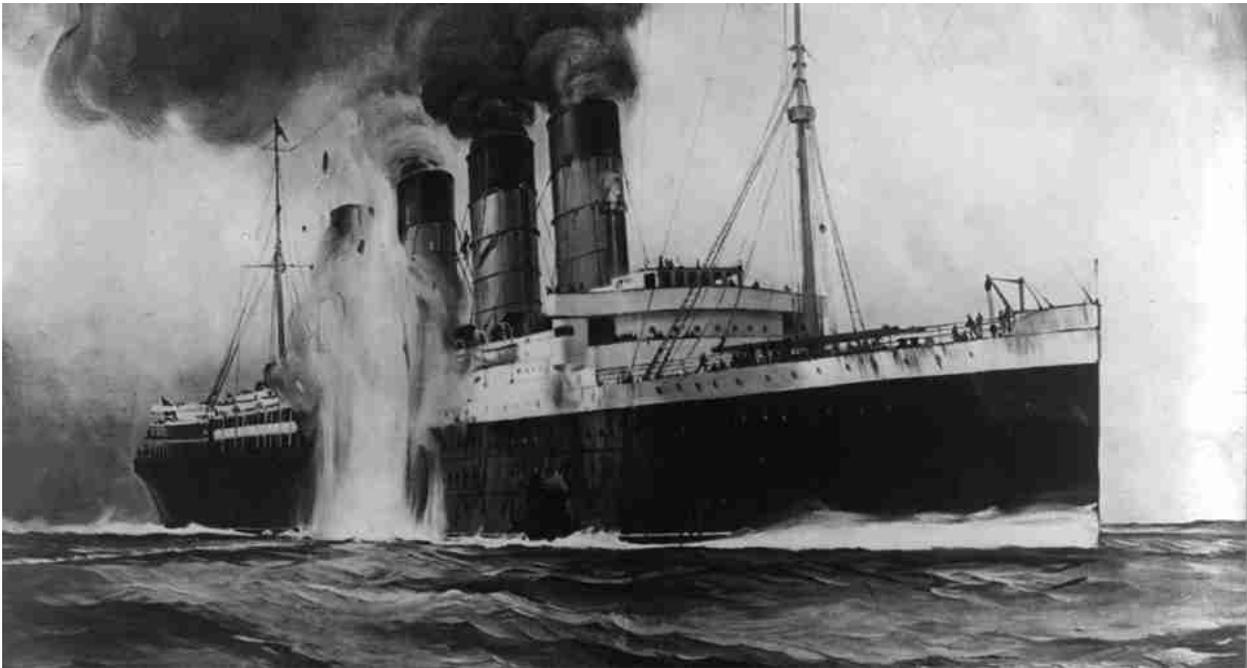
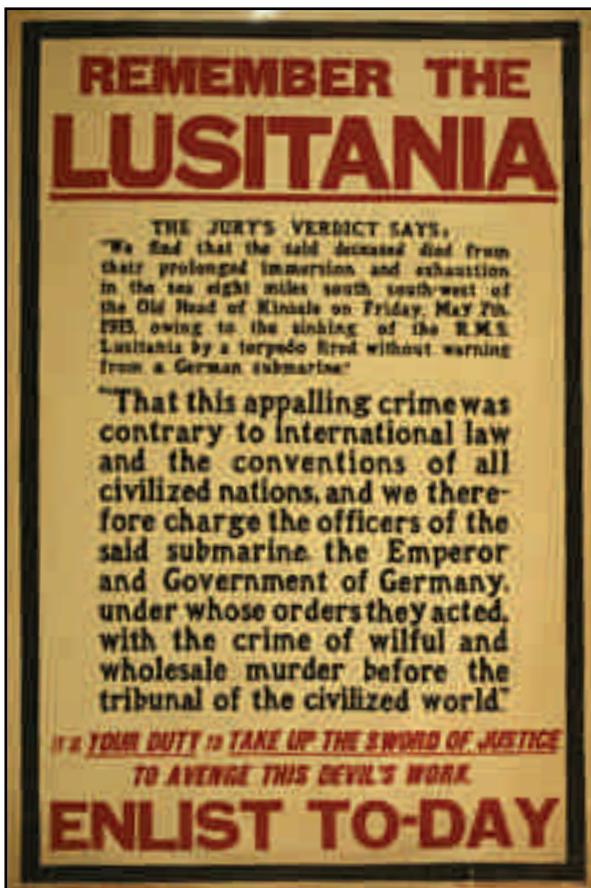


Foto 3. Invitación al reclutamiento en Estados Unidos en que se alude al Lusitania.



el hundimiento en el norte del Atlántico del barco *Lusitania*, por un submarino alemán, en el que fallecieron 123 estadounidenses.

Es importante sacar lecciones. Puede decirse, como lo hizo Tuchman, que la Gran Guerra fue innecesaria, sin sentido y hasta estulta. La iniciaron mendaces estadistas y diplomáticos abrumados ante la realidad, que se precipitaron hacia una catástrofe cuyos horrores no pudieron pronosticar. Es un ejemplo de los extremos a que pueden llevar el apego exagerado a lo nacional (por ejemplo el movimiento a favor de la "gran Serbia" o el paneslavismo del Imperio Ruso); así como el desprecio hacia lo diferente. Las ficticias superioridades y los fanatismos religiosos son lamentables obstáculos para el entendimiento entre los pueblos y las personas. Los odios y los antagonismos irracionales, los orgullos vanos y falsos solo llevan a rivalidades, que han de superarse con el uso de la sensatez y sin ofuscación. Es ilusorio querer imponer supremacías; lo razonable es la tolerancia y la modestia. Si bien puede ser inevitable cierta rivalidad entre países, nacionalidades e individuos, hay que buscar procesos negociados para solventar esas discrepancias. Creo que algo hemos avanzado en el siglo desde que se precipitó la gran tragedia de los cuatro años de la Primera Guerra Mundial, por supuesto sin olvidar los increíbles eventos y excesos de la Segunda Guerra Mundial.

Tras la Gran Guerra el presidente estadounidense Woodrow Wilson incluyó en su mensaje al Congreso de su país un programa de catorce puntos, que en resumen, incluía: a) que los convenios internacionales fueran públicos (evitar la diplomacia secreta);



Foto 4. Vagón de tren en el que se discutieron los tratados de fin de la Gran Guerra.

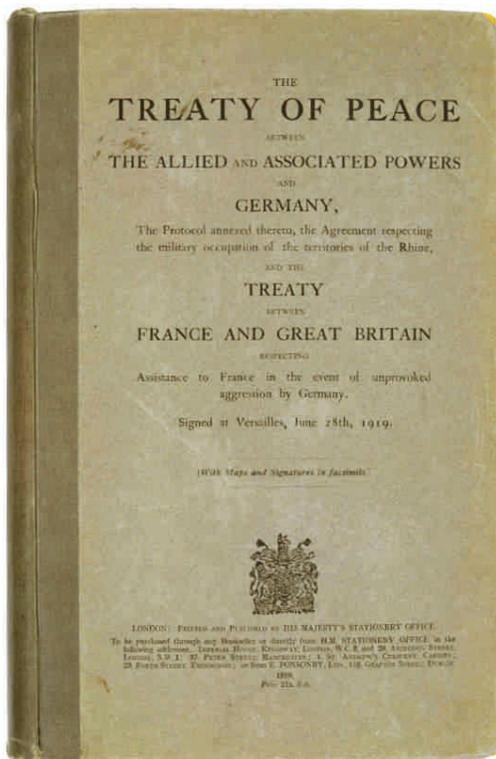


Foto 5. Versión en inglés del tratado de Paz del 28 de julio de 1919.

b) plena libertad de los mares; c) supresión de las barreras económicas entre los países; d) reducción de los armamentos nacionales; e) arreglo imparcial de las demandas coloniales; f) evacuación de Rusia; g) independencia de Bélgica; h) devolución a Francia de Alsacia y Lorena; i) autonomía de Austria y de Hungría; j) independencia de Polonia, Rumania, Serbia y Montenegro; k) autonomía para los pueblos del Imperio Otomano; l) apertura del estrecho del Mar Negro al Mediterráneo, y, m) establecimiento de una Liga Internacional de Naciones. Desafortunadamente, muchos puntos no se tomaron en cuenta y Estados Unidos entró en otra etapa aislacionista.

Meditando sobre lo anterior debemos darnos cuenta de los grandes peligros de los nacionalismos simplistas. Es absurdo concebir la guerra como remedio para resolver problemas o enfrentar la intransigencia. Las guerras no solo no resuelven nada sino que agravan los conflictos y provocan enormes desgracias. Fueron muchos los responsables de aquel holocausto. No es aceptable, como se hizo en 1919, en la Conferencia de Paz de París o Paz de Versalles, el echar la mayor parte de la culpa sobre Alemania, con el fin de escarmentarla y que "aprendiera la lección". Los serbios pecaron también con su obstinado fanatismo. Hay que distribuir las "culpabilidades",



que fueron variadas. Los factores que exacerbaron la crisis son abundantes y complejos. Los auténticos estadistas deben evitar la precipitación y el orgullo poco responsable. El análisis histórico debe llevarnos a la comprensión, para así actuar con humildad. Hay que huir de explicaciones fáciles. Reflexionemos, tanto en lo personal como en lo colectivo, para alcanzar una más completa comprensión del pasado, a fin de lograr un mejor presente y aspirar a un futuro en paz.

Voy a terminar reproduciendo algo muy ilustrativo que nos señalan autores como M. Hastings: "The best of human spirit can be squandered by the worst of human motive". (Lo mejor del espíritu humano puede desperdiciarse por la peor motivación humana).